

FR. GERUNDIO.

Si quis dixerit hoc llevaré pedes neque caput, anathema sit:

Si alguno dijere que esto lleva pies ni cabeza, se le recomiendo al baron de Meer.

CONC. 5. GERUND.

LOS SUEÑOS DE TIRABEQUE.

Buenos dias, mi amo.—Asi te los de Dios, Pelegrin.—¿Ha pasado vd. bien la noche?—Muy bien, ¿y tú?—Yo perfectamente, señor; he dormido como un general. Pero he soñado mucho. Yo creo que ha sido efecto de debilidad.—¿Cómo de debilidad, si cenaste como un epulon? Y por cierto que no había un motivo para que tubieses

grande apetencia, porque el ejercicio que hiciste ayer fue bien poco: todo el día te estuviste estacionado en casa.—En eso no se fie vd., señor, porque yo soy de la condicion de las tropas, que cuanto mas quietas están mas comen y mas consumen.—Por lo mismo pienso que la causa de tus sueños debe ser cualquiera otra menos cenar poco. Muchas són, segun los médicos, las procedencias que pueden tener los sueños. En mi juicio la mas natural y mas comun es el estar muy afectado de una cosa, máxime cuando está produce vivas y profundas sensaciones. Por esta razon los enamorados sueñan tanto; y para demostrar á la persona que aman lo mucho que en ella piensan y de su memoria se ocupan, no solo le refieren los sueños que han tenido, sino que tambien inventan y discurren otros que no tubieron para contárselos: invencion ingeniosa, que tiene la ventaja de no ser facilmente desmentida.

Para tus sueños no deben tener esta procedencia. En ti hay otra causa aun mas influyente y poderosa; y es el desorden en que, aun despierto, tienes continuamente la masa cerebral. De forma que tú lo mismo sueñas despierto que dormido, porque las combinaciones inverosímiles y extravagantes que continuamente te forjas, mas llevan el sello y las apariencias todas de sueños que de realidades.—Pareceme, mi amo, que en esto me hace vd. poca justicia. Por que si yo sueño despierto, no haga mas que lo que hacea todos

los españoles que llevan cinco ó seis años soñando, ó por mejor decir, los llevan durmiendo; y lo peor es que con tantos jarros de agua como les echan no acaban de despertar.—Vamos, ¿y qué es lo que has soñado? Cuéntamelo, porque tus sueños deben ser muy singulares.—Yo quisiera que me dijera vd. antes si los sueños son buenos.—Hubo un tiempo en que se tubieron por advertencias del cielo, y le hubo también en que se creyó que eran sugerencias de los malos espíritus. Hubo pueblos en que el arte de interpretar los sueños era una ciencia de mucha salida y mucho valer. Y si atendiste alguna vez á lo que se leía en el refectorio del convento mientras nosotros comíamos y los legos servíais la mesa, recordarás la historia de José en Egipto, y el valimiento y ascendiente que gauó para con Faraon por su habilidad en interpretar los sueños.—Señor, yo entonces no pensaba ni en José ni en Francisco, sino en que despacháran vds. presto para empezar nosotros.—Lo creo muy bien.

Pues como te iba diciendo, Virgilio en el lib. 6 de su Eneida dice que los sueños tienen su morada en el infierno, de donde salen para estenderse por dos puertas; una de marfil, por donde salen los sueños falsos, y otra de cuerno por donde salen los verdaderos. Pero todas estas creencias, ó eran ilusiones de la supersticion, ó fueron ficciones de los poetas. Ahora nadie sueña sino en aquello que le tiene cuenta: y lo mismo te habrá suce-

dido á ti probablemente. Con que vamos, cuéntame, cuéntame.

Pues señor, la primero que soñé fué que todos los españoles nos habíamos vuelto bestias...— ¡Hombre! Escelente principio de sueño: como tuyo. Precisamente tu padecías de *licantropía*.— ¿De qué, señor?—De *licantropía*, hombre: que es una enfermedad que produce una alteracion tal en el cerebro, que el que la padece se persuade que se ha convertido en lobo, perro, caballo ú otro cualquier animal; y es la que se opina padebió Nabucodonosor, y dió lugar á que se creyese que se habia transformado en bestia.—Señor, yo no tengo esa enfermedad que vd. dice; y si la tengo no me ha durado mas que una noche.—Vamos, pues prosigue con tu sueño.—Pues sí señor; todos nos habíamos convertido en asnos.—Tirabesque, eso sobre ser degradante, es poco decoroso y no debias decirlo.—Señor, así fue el sueño. Y luego venia un ministerio y nos ponía una albarda, y venia otro ministerio, y nos ponía otra albarda, y despues otro ministerio, y otra albarda, y otro ministerio y otra albarda, y otro ministerio y otra albarda... Vaya vd. llevando la cuenta de las albardas, señor, que yo llevaré la de los ministerios.—Por cierto que la cuenta es curiosa. Y bien, si las albardas eran tantas como los ministerios, bastará con que la lleves tu de estos.—No señor, porque algunos nos ponian albarda sobre albarda.—Bien, pues vamos á la suma, que es lo

que importa.—Es que en el sueño, como eran tantas, perdí la cuenta, y por eso quería yo que las sumáramos ahora que estamos los dos despiertos.—Vaya, pues sobre docena mas ó menos da la cuenta por concluida, y di lo que sucedió despues.—Despues nos cinchaban bien, y montaban sobre nosotros.—¿Y nosotros qué hacíamos?—Nada, callar y sufrir como bueros.—Vaya un sueño particular, hombre.

Pues verá vd. lo mas gracioso, señor. Esto duró hasta este ministerio. Y luego ví, (parece que lo estoy viendo todavía), ví que las orejas de estos ministros les iban creciendo, creciendo, creciendo, y rematando en punta: y que la cabeza se les iba alargando, alargando; alargando... y los brazos y las piernas volviéndose patas, y los dedos se iban juntando unos con otros, y dejando en medio una hendidura, así como de pezuña; y todo el cuerpo se les iba cubriendo de un pelo muy espeso de color de ceniza; y hácia la parte de atras les empezó á nacer una cosa así larga que remataba en figura de lisopo...—Hombre, eres un Ovidio; no pintó este poeta con mas propiedad la trasformacion de Licauon en lobo, que tanto elogian los literatos, como vas trazando tú la metamorfosis de los ministros en....—Señor, digalo vd. sin miedo, porque como fué soñanda nada tiene de particular.—Y ahí acabaría el sueño, hé! —¿Qué había de acabar? no señor. Despues vino el hermano Baldomero, y los puso una albarda á

cada uno, y montó sobre ellos.—Tirabéque, mira que te vas escediendo en todos conceptos.—Si todo esto fue soñado, señor. Y el Barón de Meer cogió una porción de albardas á un tiempo, y plantóselas encima, y en seguida montó también.—Y los ministros de la cola de hisopo ¿qué hacían?—Lo mismo que habíamos hecho nosotros con ellos; callar y sufrir.

Vaya, vaya: qué sueño tan particular. ¿Y después?—Después tuve un sueño así muy confuso. Unas veces soñaba que nos habíamos cansado de sufrir, y que habíamos dicho: «fuera albardas» y descargándonos de ellas habíamos empezado á cocear, y no habíamos dejado cabeza sana. Otras veces soñaba que venía un extranjero y nos ponía á todos otra albarda mas pesada que todas las otras juntas. Y soñé tambien que esto no llevaba pies ni cabeza.—Anda, anda; lo que no lleva pies ni cabeza son tus sueños.—Señor, no llevarán, porque al cabo son sueños; pero mire vd. que como dice el refrán, sueños hay que verdades son.



Abertura del Príncipe.

Alégrate, España,
festéjate, y rie;
alégrate, España,
que el Príncipe vive.

Por fin se puso corriente el Príncipe el sábado. Pero no crean vds. que el Príncipe que se puso corriente fué el Príncipe de Metternich, ó algun príncipe ó Archiduque de Austria, que eso, por mas que nos diga desde allá el hermano Cea Bermudez de los efectos que dice va haciendo en los príncipes del Norte su decantada *Memoria sobre el derecho de sucesion* de nuestra Reina á la corona de España, cuyo documento tiene mi Paternidad gerundiá á la vista, todavía lo veo yo un poco turbio. Ni crean vds. tampoco que es el Príncipe ó ex-Príncipe D. Carlos quien se ha puesto corriente por medio de alguna transacion Luchano-Marotina.

Y eso de que acaso alguno crea que el Príncipe que se abrió y puso corriente el sábado fué algun Príncipe que vista pantalones, me recuer-

da lo que le sucedió en Roma á un flautista de teatro llamado *Príncipe*. Habíase roto una pierna en cierta representacion, de cuyas resultas estuvo muy malo. Aun no se hallaba del todo convallecido, cuando un caballero que habia de dar al pueblo unas grandes fiestas, le instó, le importunó, le untó tanto las manos para que se dejase ver en ellas, que al fin el amigo *Príncipe* no pudiendo resistir á la fuerza del argumento (¡ó argumento poderoso, que despues de tantos años no has perdido un quilate de tu fuerza!) accedió á presentarse en la escena; y apenas subió á las tablas cuando empezó la musica á cantar el mote acostumbrado con que solia dar principio á las piezas drámaticas.

Alégrate, Roma;
 festéjate y rie;
 alégrate, Roma,
 que el *Príncipe* vive.
 Lætare in columis,
 Roma, salvo *Príncipe*,

El simple del flautero, que creia que lo que se decia por el emperador se decia por él, se ensanchaba, se esponjaba, se empabonaba, y se deshacia en cortesías y besamanos para carresponder á los que al parecer tanto festejaban el recobro de su salud. El público que conoció la fatuidad del flautista, reía á carcajada tendida y hacia que

la música repitiera el motete. Mi hombre, cada vez mas persuadido á que aquel obsequio se dirigia á él, no pudiendo resistir el peso de tanto aplauso, dice la historia que se tendió á la larga en el púlpito ó tribuna, diciendo: «Señores, no puedo mas.» *Homo meus se in pulpito totum prosternit.* Con esto crecieron las carcajadas, en términos que lo que empezó comedia acabó alegre y divertido sainete.

No fué pues ningun Príncipe que coma y beba, ni toque la gaita, el que se abrió el sabado, sino el teatro del Príncipe, que saben vds. por mi capillada 132 que estaba cerrado. Pero el diablo que asi parece que dispone las cosas de los teatros como las de los ministerios para darme alimento y vida, á mi Fr. Gerundio, que de diabluras me mantengo, que no parece sino que el diablo y yo vamos al partir, como ciertos contratantes con ciertos contratistas, hizo de modo que el que estrenase el teatro principal de Madrid en esta temporada fuese *Un agente de policia*; que este es el título de la comedia que se representó aquella noche, traducida de un *Vaudeville francés* por mi amigo el Sr. Breton, el tocayo del segundo cabo de Cataluña: pues, el que acaba de llevar presos á Barcelona al intendente y á todos los empleados de hacienda de Gerona para juzgarlos *con arreglo á ordenanza* por el feo y horrible delito de haber obedecido las órdenes del gobierno á quien no se reconoce en Cataluña: que no sé qué diablo le ha

podido tentar á Breton (el poeta) á meterse á traducir *Agentes de policía*, que es la gente mas in-traducible que hay en el mundo, y que aun ori-ginales es imposible entenderlos ni atravesarlos.

Pues señor, fui á verlo: ¿qué habia de hacer? A ver si los agentes de policía franceses eran co-mo los españoles. ¿Y quién les parece á vds. que era el tal *Agente de policía secreta*? Pues era un cura. Bien digo yo, que el diablo debió andar en el caredo. Que los curas españoles en el tercer ministerio Pita, cuando ni tienen diezmos ni cosa que lo supla, se metieran á *agentes de policía se-creta*, si tenían proporción, ó á cualquiera otra agencia *secreta de pane lucrando*, nada tendria de particular; pero que un párroco francés, siendo primer cónsul Napoleón, y ministro de la policía Mr. *Fouché*, desempeñara el oficio de agente de la policía secreta, de espía y de soplón, siempre en-pesquisa de conspiraciones por las fondas y cafés, teatros y paseos, eso es lo que solo á una imagi-nación poetica le pudo ocurrir.

Pues el tal *Migucl Perrin*, que así se llamaba el cura, tenía una sobriuita jóven (1), linda y su-mamente agraciada; en fin, como que el papel de *Teresa* le hacia la graciosa Teodorita Lamadrid, y

(1) Aquí empezó Tirareque á interrumpirme diciendo: "Señor, tambien los curas sutros tienen sobrinas como los nuestros; mira' vd., que es una muchacha como una pa-loma." — Galla, le decía yo, y déjame atender.

está dicho todo. La niña queria casarse con el jóven *Bernard*, que habia venido á Paris bajo nombre supuesto, y era un conspirador, sin que de ello se apercibiesen ni por las mientes se les pasase ni al cura ni á la sobrina, los mismos que despues inocentemente le vinieron á descubrir. Pero el cura, despojado de su curato ni tenia para casar á la sobrina, ni para mantenerla siquiera: estaba hecho un cura español de ahora. Hasta que se hizo empleado de policia, y entonces ya se comia en aquella casa.

En el primer almuerzo de policia que el cura pudo dar á su sobrinita, ya quiso hablarla de cosas del gobierno; pero *Teresa* con la cafetera en la mano y la gracia en la boca, le dijo con agradable sonrisa: «Tio, déjese vd. ahora de gobiernos: el mejor gobierno es almorzar. «Lo dijo con tal donaire que de buena gana le hubiera dado un abrazo, Fr. Gerundio, ¿qué ibas á decir?» Tirabique se entusiasmó tanto con el dicho que sin poderse contener, «bendita sea tu casta, exclamó, y qué buena pareja habias de hacer conmigo, muchacha!» Calla, imprudente, le decia yo.—Señor, me reponia entusiasmado; ¡qué máxima! ¡qué máxima, mi amo! Imposible es que en toda la comedia venga ya una maxima como esta. Por fuerza debe ser un autor muy instruido el que la ha compuesto.

Despojado, pues, como he dicho, Mr. Perrin del curato de su aldea, se hallaba en Paris en la

mayor pobreza, y vendiendo sus últimas alhajitas para vivir, como los de acá van ya vendiendo las sotanas. Acordóse que el ministro de la policía era Mr. *Fouché*, su antiguo condiscipulo, y resolvió escribirle para que por uno de los medios tan fáciles á un ministro se emplease en algo en que poder proporcionarse decorosamente la subsistencia. Estando escribiendo, entró el mismo ministro en su casa, se reconocieron, se recordaron mutuamente los juegos de la niñez, lo cual dió ocasion á una escena tan tierna como cómica, y concluyó el ciudadano ministro (que así se llamaba entonces) en recomendar al jefe de seccion de su ministerio ciudadano *Besaumaís* á su antiguo condiscipulo *Perrin* para un empleo en el ramo. *Besaumaís* que no sabia que *Perrin* era cura, le encomendó desde luego el cargo de asistir á todos los teatros, cafés, fondas y sitios públicos mas concurridos de Paris, y le aproutó de contada veinte sueldos. El cura, que no conoció ni pudo suponer que aquello significase que tenía que desempeñar el oficio de espía secreto del gobierno, no acababa de comprender y admirar tanta generosidad y tan gran premio por la sola y hermosa ocupacion de ir á comer á las mejores fondas, y asistir á las funciones mas brillantes de los teatros.

Cuando se volvian á ver preguntábale *Besaumaís* á *Perrin*: «qué tal? qué tal?—Magníficamente, decía el cura. Ayer comí en la fonda del *Cuadrante azul*: excelente servicio, buenos platos: co-

mí opiparamente.» Era la fonda en que se sospechaba se reunían los conspiradores del primer cónsul; pero de eso el cura no daba razon. No servía para agente de policía secreta; ya se vé, ni el mismo sabía que lo era. Decíame Tirabeque: «Señor, pareceme que los ministros franceses no sirven para buscar agentes de policía; donde está nuestro *Chico!*... Vaya, no hay otro en el mundo. —Déjame ahora de *Chico* ni *chica*; ¿quien se acuerda ahora de *Chico*?

Curiosísima é ingeniosa sobre manera estuvo la escena cuando el gefe de sección descubrió que *Perrin* era cura, el cura supo que habia estado haciendo de agente de policía secreta, al ministro le sorprendió el empleo que *Besaumais* habia dado á su recomendado, cuando con estrañeza de todos se averiguó que el fugido *Juan Durham*, por otro nombre *Bernard*, el famoso conspirador que tanto les habia dado que hacer, era el novio de *Teresita*. Desenlace sorprendente para todos, y diestramente manejado por el autor.

Pero la comedia empezó despues entre Tirabeque y yo. — Señor, me decia á la vuelta del teatro; no me puedo olvidar de *Chico*. — Hombre, ya me vas moliendo demasiado con tu *Chico*. *Chico* ya no puede figurar en la escena política: el pontificado de *Chico* ya pasó: ¿qué ministro crees tu que habia de echar ya mano de él? Mire vd. que si *Chico* hubiera pesada aquellos 20 sueldos que daba el ministerio francés al cura todos los dias...

diferencia va de *Chico á Perrin*. *Perrin* con 20 sueldos no sabia descubrir una conspiracion, y *Chico* sin sueldo ninguno es capaz de inventar 20 conspiraciones al dia. No, si como el agente fue *Perria* hubiera sido *Chico*, señor, puede que no durmieramos nosotros esta noche en casa, que desde el teatro puede que nos hubiera llevado á Carabanebel.—Calla, calla, no digas bobadas, ¿quién se acuerda ya de Chico?—Señor, guárdesse vd. que le vuelvan á nombrar otra vez agente de policia!—Te digo que calles, hombre, pareceme que estás soñando otra vez.

Cenamos, y nos acostamos, y la primera noticia que semi-oficialmente me dieron el domingo por la mañana fue, que el ciudadano *Hompenera* habia nombrado á *Chico* *visitador de proteccion y seguridad pública de nueva creacion*: ó sea *agente principal de su policia secreta*, con habitacion tambien *secreta* en la misma casa del ciudadano ministro. Cuando lo supo Tirabeque me vino diciendo: «Señor, ¿no decía yo bien anoche? Y si sufrimos esto, ¿serémos *asuis burris*, ó no serémos *asuis burris*? A mis sueños me atengo.»

